

JORGE ANDRÉS LOZANO RIVAS

# **MUJERES PARA EL DESAYUNO**



¿En qué momento abandonamos los inocentes juegos para fijarnos en ellas? ¿En qué momento nos extraviamos en sus finas curvas, sus ojos enormes y sus cabellos danzantes? Para un hombre, sólo existen tres instantes posibles en que halla a una mujer: el prematuro, el tardío o el incorrecto; pero en cualquiera de los tres, una vez que conoce sus beatíficos placeres, le es imposible renunciar a ellos; pues las mujeres tienen la inherente capacidad de convertir la arritmia de la coincidencia en un momento preciso, en un instante perfecto, en un tiempo justo. En la mujer nos convertimos en felices cautivos y en ellas, nos tornamos en bendecidos esclavos.

# MUJERES PARA EL DESAYUNO



JORGE ANDRÉS LOZANO RIVAS

Copyright © 2018, Jorge Andrés Lozano Rivas

ISBN: 978-958-48-5450-6

Autores Editores

[www.autoreseditores.com](http://www.autoreseditores.com)

Primera Impresión (Colombia): Diciembre de 2018

Segunda Impresión (Colombia): Febrero de 2019

Impresión y encuadernación: Autores Editores

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Portada y portadas secundarias:

Ilustraciones y Fotos de Jorge Andrés Lozano Rivas

Modelo en Portada:

Paola Aristizabal @paoaristy

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

## Prólogo

Crudo, desgarrador; a su vez, inocente, íntimo y sincero. Así califico esta novela que incautamente podría confundirse con una declaratoria autobiográfica ¡nada más distinto! Quentin Crisp, excéntrico actor y escritor, declaró que «una autobiografía es un necrológica en forma serial a la que le falta la última entrega». Pero ¿cómo diferenciar una confesión de una fantasía? Los autores tenemos la manía de mezclar, a conciencia e involuntariamente, la realidad y el mito hasta que nos resulta imposible diferenciarlos. Nos adueñamos de historias, y vivencias que descaradamente acabamos por creerlas nuestras, al mismo tiempo que le rehuimos a las luctuosas evocaciones connaturales que nos horroriza declarar. Si esta fuera la primera parte de una autobiografía de Jorge Lozano, él mismo la presentaría como una no autorizada, una especie de invención novelada con, quizás, atroces abrojos de verdad. Estoy convencido que para ningún escritor hay ficciones, sólo alucinaciones verídicas arrellanadas en las cómodas certidumbres.

No será sorpresa que algunos de estos capítulos cuenten historias nuestras, de esas que acaban siendo las historias de todos. En algún momento todo hombre ha sido un Jota y cada mujer lo ha visto asechando con las mismas rancias e inveteradas armas de seducción que protegen los miedos infantiles, los cuales afloran al momento de la cobarde y timorata huida. Todos nos hemos resguardado al socaire de un falso ego sobredimensionado que disfraza nuestras vergonzosas inseguridades y que con sinceridad fingida enrostramos con mil y un construcciones gramaticales que se podrían resumir en la frase “no eres tú, soy yo”. Con el convencimiento de que nos veremos a nosotros mismos al do-

blar la esquina de cualquiera de estas páginas y recordando al filósofo y escritor rumano Lucian Braga cuando señaló que «leer memorias es bañarte en ceniza. Y es un buen ejercicio de auto incineración», te invito a reunir los leños de las flamígeras remembranzas de nuestra perecedera e inasible existencia; de esa existencia impresa en el polvo... escrita en la nada.

**William Antonio Lozano Rivas**  
Revisor de Contenido

### **ADVERTENCIA**

**Los personajes, situaciones y hechos narrados aquí son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.**

# MUJERES PARA EL DESAYUNO

Mi nombre es Jota (J) y hoy te quiero contar mi vida, no porque la considere una historia fascinante o única; pues cada una lo es de alguna manera. De hecho, siempre he creído que todas las vidas merecen ser relatadas en un libro. Cada mente, cada cuerpo y cada corazón son un universo, un mito, una leyenda, una total y completa obra de arte. No obstante, la mía que nada tiene de especial; está compuesta como todas de decisiones, más errores que aciertos, más angustias que éxitos, más tristezas que alegrías y más pasión que amor, pues al fin y al cabo, lo valioso siempre es menos y por menos, es más valioso.

Te quiero contar mi vida porque fue parte de otras vidas, porque esas vidas conformaron la mía y ellas, son las que merecen realmente ser homenajeadas. Cuando hablo de ellas, no me refiero sólo a las vidas en sí, sino a las mujeres que fueron sus dueñas. No me atribuyo falsa modestia al decir que mi historia no posee algo de especial, tampoco lo hago cuando confieso que no soy un seductor y que me encuentro lejos de ser un Don Juan o un Casanova, quienes poseían al menos dos —o una en exceso— de las 3 cualidades que hacen a un conquistador ser lo que es: Belleza, Riqueza y Poder.

En resumen, no soy un conquistador. Pero, careciendo de las tres cualidades necesarias, por alguna razón misteriosa, por algo que aún no logro comprender, tuve éxito con las mujeres y triunfé en el campo de la seducción. Atribuyo este éxito a lo que denominé “La Cuarta Cualidad del Conquistador”, una cualidad que durante mis 40 años de vida no

he visto en un hombre diferente a mí, una cualidad de la que sí me siento orgulloso y hasta con ganas de alardear: “Inteligencia Emocional Extrema”.

Esta inusitada cualidad que poseía, me permitió en algún momento de mi existencia poder, sólo con verla, identificar el estilo de vida, las preferencias, el tema favorito de conversación, el estado actual de ánimo y hasta la bebida predilecta de cualquier mujer; obviamente, esta habilidad fue desarrollada, como todas las habilidades, durante muchos años de práctica y de fracasos, años de compartir con muchas de ellas incluso solamente como compañeras de estudio o colegas de trabajo, pero de los detalles ya hablaré más adelante.

Es imposible hablar de mi vida prescindiendo de las mujeres pues a ellas les debo todo: lo bueno y lo malo; el triunfo y la derrota; la vida misma... y la agonía; empezando obviamente con la mujer que me llevó en su vientre y a quién le debo en gran parte quién soy.

Esta realmente no es mi historia, tampoco es un manual de seducción, ni un vulgar relato erótico; es un homenaje a las mujeres que me enseñaron, que me formaron, que me quisieron, que cruzaron sus destinos con el mío y especialmente, a las pocas que puedo decir con certeza: me amaron.

Estoy seguro que este libro servirá para los propósitos que su lector quiera darle: un manual de seducción para los hombres de baja autoestima, un manual de defensa para las mujeres en contra de los hombres de baja autoestima, entretenimiento para los buenos lectores o un viaje astral para los soñadores. Pongo en tus manos una biografía escrita no en

capítulos ni años, sino en mujeres; cada quién hallará lo que busca si primero encuentra el lugar indicado para buscarlo.

Aquí he intentado diseñar un lugar propicio para ti, para que encuentres grandes cosas —¿Qué buscas?—.



# FABY

## Capítulo 0

No deseo comenzar esta historia por el principio, por ilógico que suene. Todas las biografías comienzan con una fecha de inicio y terminan con una cifra similar, generalmente 70 u 80 años después, recordándonos que sólo somos un soplo del tiempo que debe llegar a su destino mientras dura. Tampoco me ha gustado encasillarlo todo. Los seres humanos tendemos a encajar a las personas y a las cosas en tiempos o en adjetivos —“*El enamoramiento dura 5 años*”, “*Se debe esperar mínimo 3 citas para sostener relaciones sexuales*”, “*Los hombres son infieles*”, “*somos novios*” —Sin darnos cuenta que cada vida es un universo diferente y único, y que cuando colapsan dos o más entre sí, las posibilidades son infinitas.

Empezaré mi historia por la mujer con quién he sostenido la relación afectiva más larga de mi vida, la mejor mujer que conozco, de la que siempre me sentí orgulloso, de la que nunca dudé, la única dispuesta a hacer cualquier cosa por mí, la que estaría de verdad conmigo hasta el final en la pobreza o en la enfermedad; la que siempre busqué reflejada en otra que no tuviese mi misma sangre. Esa mujer es mi madre. Hace ya 40 años ella me sostuvo en su vientre, nutriéndome de su vida, de sus sentimientos y pensamientos. Ella me cuidó y protegió incondicionalmente, aun cuando tantas veces sin querer, yo la abandoné y la herí. Faby fue el mejor modelo, el mejor ideal de mujer que un hombre pudiera tener y al que pudiera aspirar; siempre en su rostro terso y bronceado, irradiaba belleza y dulzura. Muy sumisa con mi papá, era toda una fiera cuando se trataba de prote-

ger los intereses de él y de la familia y, aunque su niñez fue bastante difícil, caminaba con la distinción y elegancia de quien siempre lo ha tenido todo. Los años, bastante crueles e indulgentes, parecían no tener ningún efecto ante su presencia.

Mi madre nunca se detuvo. Aún en la debilidad o la enfermedad se le veía preparando deliciosos platos que hechizaban a los pocos afortunados que los probaban —mis padres eran muy selectivos con sus amistades y pocos merecían el honor de conocer nuestra morada— o en cambio, decorando con hermosas pinceladas piezas de madera que su creatividad convertía en obras de arte. Aunque siempre vivimos bien, como una familia de clase media alta, Faby tenía un sentido de independencia bastante fuerte y sus capacidades artísticas y culinarias le servían para ganar sus propios ingresos, aun sin necesitarlo, pues Papá jamás le negaba algo. Ella lo merecía todo.

Mi madre nunca tuvo gran elocuencia y tampoco hablaba mucho, pero todo lo que salía de sus labios era sincero. Nunca tuvo gran inteligencia oratoria y aunque a veces hablase sin filtros, puntuación u ortografía —si se puede decir así— todo lo que decía era sabio.

Faby sostuvo en sus femeninos hombros todo el peso de un matrimonio, toda la masa de un hogar, mas nunca se le vio arrodillada. Su actitud frente a la vida le dio la paz y la tranquilidad para asumir de la mejor manera todos los retos y por eso triunfó en sus caminos. Amó a mi papá por sobre todas las cosas de este mundo y él no tuvo opción más placentera que corresponderle con todo su amor y su vida. Todos los hombres deberíamos padecer este delirio y no tener

más remedio que amar a aquella mujer que incuestionablemente nos ama.

Era yo parte de una familia perfecta, una bendición de la cual sólo mis hermanos eran merecedores, pues yo era muy diferente a ellos y no valía lo suficiente para ser tratado con tanta benevolencia divina. La fiereza de Faby se transmitió y maximizó en mi ADN, haciéndome un hombre de espíritu revolucionario. Desde niño tuve una inclinación bastante fuerte hacia las mujeres y fue mi madre quien, a pesar de ser la imagen de la mujer que yo buscaba para mí, apaciguaba mis ansias de buscar a esa mujer perfecta en todas partes y en todo momento. Mi tendencia a la revolución y a la rebeldía, hacía que la mayoría de veces no tuviera límites en mis propósitos y anhelos. Si no hubiese sido por mi familia, no sé qué habría sido de mí. Ansias inagotables y un mundo ausente de límites, dos cosas que combinadas resultan casi siempre ser una composición mortal.

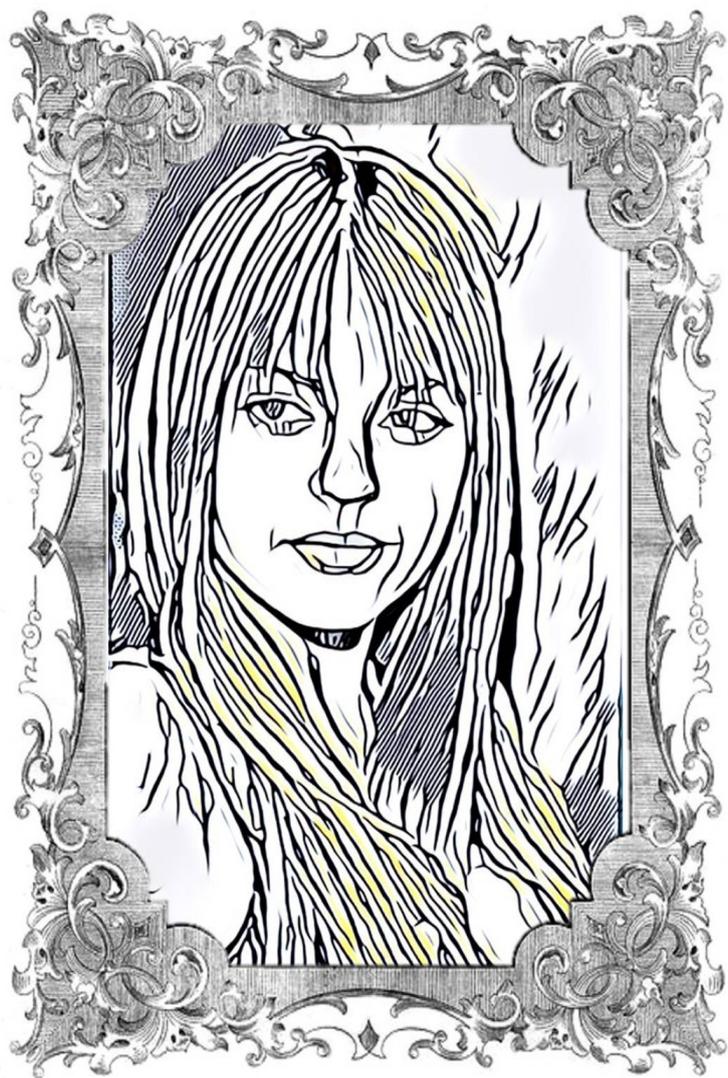
Los primeros amores suelen ser inocentes, llenos de risas tímidas y mejillas sonrosadas. Lo que para muchos es el amor en su forma más inocente, en mi caso, los primeros amoríos fueron también mi debut en una vida de alguna forma transgresora. A la edad de siete años cometía mis primeros delitos por amor; irrumpía en las habitaciones de mi madre y mis hermanas para sustraer sin permiso sus joyas más preciadas, las cuales obsequiaba a las niñas de mi escuela de quienes me encontraba con frecuencia “enamorado”. Las niñas, desde jóvenes interesadas y fácilmente impresionables, recibían mis presentes de esmeraldas, diamantes, zafiros y rubíes legítimos con total fascinación; pero ellas sin criterio para las buenas joyas y yo sin carisma, belleza o en-

canto alguno, no lograba generarles aquella misma fascinación por mí.

Faby visitó muchas veces mi escuela para recuperar sus costosas joyas; era citada por las peleas que iniciaba a causa de las niñas, fuese defendiéndolas o tratando de robárselas a sus novios y además, también era llamada a responder por mi mal uso del tiempo y mal empleo de mi imaginación para temas asociados con el sexo opuesto, lo que obviamente se reflejaba en mi mal desempeño académico. Sí, yo perdía mi tiempo escribiendo notas de amor para mis compañeras o recortando imágenes de mujeres desnudas de las revistas para mostrárselas en secreto a mis compañeros de clase; y mis padres, que siempre fueron muy conservadores, muchas veces no sabían cómo afrontar mi precoz comportamiento.

Faby era muy paciente conmigo y siempre trataba de corregirme con cariño y dulzura. Por otro lado, mi papá era un hombre criado a la antigua, formado en campos militares, un oficial profesional, disciplinado y estricto. Él quería, como todos los papás, que mis hermanos y yo fuéramos una versión mejorada de él. Recuerdo muy bien que cada vez que yo deseaba salir a jugar debía aprobar primero uno de sus exámenes sobre las capitales del mundo, la tabla periódica o los tiempos verbales en inglés. Muchas veces prefería no salir con tal de no tener que pasar por la vergüenza de fallar alguna pregunta, hasta que conocí a Daniela, mi primer gran amor. Desde ese día, aprendí todas las capitales del mundo, todos los elementos químicos y hasta desarrollé un perfecto inglés, con tal de poder salir a “jugar” con ella.





# DANIELA

## Capítulo I

Cuando se es niño, se tiende a idealizarlo todo. Se crean imágenes prestablecidas, imágenes prediseñadas y prototipos hasta de los mismos sueños. Cuando se es niño, se da prelación a las fantasías, pues aún se es muy inocente como para creer que pueden hacerse realidad. Mi mente saturada con la influencia de los medios de comunicación promovió que para mi época escolar la mujer de mis sueños fuera rubia y de ojos claros, aun cuando yo era poco atractivo, de piel un poco más bronceada de lo normal y ojos negros como mi conciencia. De forma asombrosa y venciendo todos los pronósticos en mi contra: Daniela, mi primer amor, tenía por cabello hilos de oro como no he visto jamás y sus ojos, expresivos pero inocentes, eran dos gotas de ámbar que, a semejanza de inclusión fósil, preservaban intactos varios trozos de esmeralda.

Una tarde cualquiera, cuando mi vida rondaba por mis 12 años de edad, me disponía a jugar con Vicente, mi amigo de infancia que vivía en mi mismo edificio. Con mis papás y tres de mis cinco hermanos —dos mayores que yo, hermana y hermano, y uno menor—, residíamos en un apartamento de la ciudad de Bogotá y para ese entonces, los niños nos divertíamos jugando en las calles, las cuales todavía eran seguras. Para poder divertirme, yo primero debía aprobar las tres preguntas sobre cultura general de mi papá. Ese día me sentía inspirado:

—¿Masa atómica del Oro?

—196

- ¿Capital de Dinamarca?
- Copenhague
- ¿Pasado y Pasado Participio del verbo “Ver”?
- ¿See? Mmm, Saw y Seen

Había cumplido mi misión, había aprobado todas las preguntas de mi papá y por fin estaba con Vicente en el parque jugando torpemente tras un balón de fútbol. A veces en mi mente infantil pensaba que no valía la pena aprender tantas cosas sólo por un par de horas de estúpido juego, pero más adelante me di cuenta de lo importante que es tener más y más conocimientos. “El conocimiento es poder” decían por ahí.

Vicente era un niño muy humilde, hijo de la mujer que cuidaba y aseaba el edificio donde yo vivía con mi familia. Como mi papá era un reconocido miembro de las fuerzas militares de Colombia, teníamos que viajar constantemente de un lado a otro y ese cambio de vivienda hacía que mis amistades no fueran muy estables. No conocía a nadie en mi barrio y en mi edificio vivían más que todo adultos mayores, por lo que con Vicente hicimos una buena amistad; jugábamos casi todos los días, todo el día.

Era una tarde radiante, las aves adornaban con su cantar el paisaje, los animales corrían por todo el lugar y el sol resplandecía sobre el verde suelo de una forma que mis ojos dolían al mirarlo; eso y todos los elementos que conformarían una cursi película romántica. Mientras corríamos sin detenernos con el balón a nuestros pies, Vicente lo pateó tan fuerte que salió volando a varios metros de nosotros y tuve que moverme con velocidad a recogerlo de entre un grupo de árboles tan altos que impedían el paso del sol y de repente, de la verde y oscura zona, apareció ella con mi balón en

sus manos, la niña más hermosa que había visto en mi vida hasta ese entonces. Estábamos bajo la tenue oscuridad que creaban los árboles, pero aun así su cabello brillaba con la intensidad de cien soles y sus ojos, esos ojos de miel, iluminaban todo su pálido pero delicado rostro.

—¿Podemos jugar con ustedes? —preguntó. Yo que ni siquiera había notado que ella estaba en compañía de otra niña, le respondí con un rotundo: —Las mujeres no saben jugar fútbol—.

—Podríamos jugar voleibol con este balón. —Afirmó.

—No nos gusta el voleibol, es un deporte muy delicado, muy de niñas —respondí. Sin darme cuenta estaba aplicando una supuesta técnica de conquista conocida como el “Nega”, el cuál es una especie de rechazo sutil o un comentario negativo cuando se tiene el primer contacto con una mujer. Quienes usan los negas, lo hacen para bajar el autoestima de una mujer hermosa y ponerla a su nivel; supongo que esos hombres lo tendrán muy bajo si es que intentan bajar el del sexo opuesto para sentirse cómodos y seguros.

—Lo que pasa es que los hombres no saben jugar voleibol. —De manera irónica, sin poder notarlo directamente, esa niña invirtió el Nega hacia mí. En ese momento de ingenio e insolencia por parte de ella, fui más consciente de su belleza y así, al siguiente segundo, me encontraba yo sudando y tartamudeando. —Sí, yo sí, eh, nosotros, uh, mmm, ustedes no...

—Si quieres tu balón, ven por él —dijo riéndose y luego empezó con su amiga a lanzarse el balón la una a la otra, alejándose de mí.

No estaba dispuesto a seguir su juego, así que permanecí inmóvil mientras las observaba correteando por el par-

que, con mi balón, burlándose de mí. Después de unos segundos de inmovilidad mía y más mofa por parte de ellas, llegó Vicente al rescate.

—¿Puedo jugar? —dijo Vicente, a quien miré con unos fuertes ojos de desaprobación.

—No estamos jugando, me quitaron el balón —reconocí con vergüenza.

—Él no nos deja jugar con ustedes —dijo la otra niña acusándome con su dedo.

—A lo que Vicente respondió con un jugueteón: ¡A ellas!

Así de repente, iniciamos un juego de hombres contra mujeres donde cada equipo debía mantener el balón en su poder el mayor tiempo que pudiera. Entre empujones, forcejeos y abrazos involuntarios, fue naciendo una buena amistad. Cuando nos despedimos, las niñas nos preguntaron nuestros nombres y revelaron los suyos. Daniela y Joanna. Para mi sorpresa, Daniela vivía en la casa más grande del barrio, frente al parque, a sólo unas cuadras atrás de mi edificio.

Con el tiempo, después de coincidir tantas veces para jugar en el parque, Daniela y yo nos encontrábamos con frecuencia a solas; nos entreteníamos con juegos de video en su casa o simplemente salíamos a caminar para comer helado o algodón de azúcar. Nunca la invité a mi hogar porque jamás me sentí cómodo llevando amigos o compañeros mientras viví bajo el techo de mis padres, quizás era un profundo sentido del respeto infundido por la estricta educación de ellos; pero pocos de mis amigos, novias y amantes, pueden decir que conocieron mi morada familiar.

Una tarde, casi después de un año de conocernos y mientras comíamos helado en una tienda, yo le hice un dibujo a Daniela sobre una servilleta, era un paisaje con una cascada y un arcoíris. Al dárselo, me agradeció con un abrazo y un beso justo en el reducido espacio entre mi mejilla y mi boca. Noté cuando sus mejillas se encendieron, cuando su pálida piel se quemó desde su interior y seguramente yo también me sonrojé; pero afortunadamente para mí, en mi tono de piel, esos cambios de coloración siempre han resultado imperceptibles. Ese momento, en mi mente de niño, fue mi primer beso.

Después de aquella tarde nos volvimos amigos inseparables. Aún teníamos la inocencia de un par de niños, así que nunca nos interesó ser algo más. Todas las tardes salía de mi casa con la excusa, frente a mis padres, que iría a jugar con Vicente, pero realmente me veía con Daniela; ahora que lo pienso bien, no sé qué hacíamos ni de qué hablábamos durante tantas horas que pasábamos juntos, solo recuerdo sus particulares ojos, hipnotizándome y calmando todas mis preocupaciones juveniles.

Una de esas tardes cualesquiera en que invertía mis horas junto a Daniela, rondando yo los 15 años y ella los 14, yacíamos mirando la televisión sobre el sofá color caramelo del estudio de su casa. No veíamos nada en particular, sólo estábamos ahí, inmóviles, decaídos, experimentado por primera vez en tres años lo que era un “silencio incómodo” entre nosotros. Cuando estás con otra persona y por un momento pierdes la conexión, todos los demás sentidos se agudizan, así que mi olfato empezó a ser muy consciente de que aquel sofá caramelo, donde tantas veces gastábamos los días con películas o juegos de video, era 100% de cuero; mis

ojos seguían viendo la televisión, pero sólo veían, no estaban mirando. De repente otro olor se sobrepuso al del cuero, era el tenue perfume de Daniela que mágicamente se había activado para seducir mis sentidos; cuando miré hacia ella, pude ver que sus mejillas estaban bastante enrojecidas, mucho más que cuando me besó en las fronteras de mis labios, años atrás —lo que explica por qué repentinamente su perfume era más perceptible— y con una sensual torpeza, empezó a balbucear y tartamudear mientras me mostraba un trozo de servilleta, era el dibujo que le había hecho en aquella ocasión que justamente mis recuerdos evocaban.

—Mira, hace mucho que guardo esto en mi billetera.

—Con poca experiencia en estas cuestiones, pero guiado por mi instinto, asentí con una prominente sonrisa y sólo dije:

—¡Gracias! ¡Qué bonita eres!

Pude ver en su rostro que el rojo de sus mejillas se hacía más extenso y fuerte, también noté por la expresión en él, que no era precisamente la respuesta que esperaba y que se sentía más incómoda que al inicio; sin embargo, yo no sabía qué decir o hacer.

—Oye, pero a mí también me gustaría tener algo tuyo que guardar —dije sin saber de dónde provenían mis palabras, sólo quería acabar con la incomodidad de Daniela.

—Yo dibujo horrible —respondió mientras soltaba una coqueta carcajada.

—¿En serio? Eso debo verlo.

—Soltó otra carcajada —¡No! tengo una mejor idea.

—Fue hasta su habitación y trajo consigo una pulsera con unas grandes piedras azules. —Hice esta joya en mi colegio ayer, la hice para mí pero quiero que tú la tengas.

Yo la tomé emocionado aunque con un poco de escepticismo, al no saber que uso darle a una joya femenina.

—Está muy bonita, pero ¿No me vería un poco gay con ella? —Risas.

—Nooooo ¡tonto! Ponla en un lugar de tu habitación donde la puedas ver todo el tiempo y así te acordarás de mí siempre.

—Gracias, aunque no necesito algo en particular para acordarme de ti todo el tiempo —Nuevamente volvieron los colores a sus mejillas. —Si no estoy contigo, estoy pensando en ti.

Al mirar hacia la televisión, pude ver que estaba sintonizada justamente en la escena más apasionada de la película “Ghost: La Sombra del Amor” (Película romántica que en ese entonces ya era vieja) para hacer el momento aún más incómodo. Ninguno de los dos sabía qué hacer, pero a este punto era obvio que nos gustábamos el uno al otro. Ambos mirábamos sonrojados la pantalla de la televisión, con un millón de pensamientos y emociones en nuestras cabezas y los corazones latiendo tan rápido que se podían escuchar intentando salir a revolotear por todo el estudio. Ella totalmente avergonzada, me tomó de la mano sin quitar su mirada de la película; Daniela había dado un paso enorme y yo no podía dejarla avanzar sola, no podía abandonarla, pues es bien sabido que una mujer no soporta dar un paso a solas sin que su hombre dé dos; así que lentamente, con temor a dar yo un paso en falso, la tomé de sus cálidos pómulos y la besé en los labios. Ella me correspondió y cada vez que recuerdo ese beso, siento en la palma de mis manos su calor.

No podía ser más feliz en el mundo, era tan sólo un adolescente y mi primera novia lucía justo como la mujer de

mis sueños. De Daniela me había ganado su confianza y su amor paso a paso, conquistándola sin darme cuenta con pequeños detalles y demostrándole que yo era capaz de tomar el control de las situaciones como todo un hombre, maduro y decidido. No puedo mentir, mi adolescencia fue la época de mi vida más cruel con mi apariencia. Para ese entonces usaba lentes, tenía cabello peinado de medio lado con exceso de gel y dientes amarillentos en total desorden. Aún estaba muy lejos de ser un joven rebelde o atractivo al que muchos admirarían. La única explicación lógica para que una niña tan hermosa pudiese estar con un hombre tan “común” como yo, era esa: que apreciara, como todas las mujeres, a un varón que sabe quién es, que sabe qué tiene, que sabe qué quiere y que sabe lo que hace. Vicente, quién era aún más “común” que yo físicamente, tenía su teoría personal de esta situación: Argumentaba que a las mujeres de la familia de Daniela les atraían los hombres feos y ponía como ejemplo a la madre de ella, quien descendiendo evidentemente de un casto linaje europeo, tenía por esposo a un hombre con fuertes rasgos indígenas. Los amigos siempre encuentran la manera de hacerte sentir “bien” contigo mismo, así que yo prefería ignorar los comentarios abusivos de Vicente y disfrutar el milagro.

Era muy feliz con Daniela, llevábamos casi un par de años como novios después de ese romántico beso en su estudio y varios años de amistad compartiendo juntos. Habíamos hecho las cosas bien, como se hacían en la antigüedad para garantizar un amor eterno: iniciar por la amistad y terminar en el amor. Incluso su amiga Joanna aprobaba lo nuestro y muchas veces nos acompañaba en nuestros planes; pues en las relaciones juveniles la aprobación de la pareja

por los amigos más cercanos, era un requisito ineludible para poder mantener una relación. No obstante, los tiempos habían cambiado y en mis épocas la adolescencia no era nada sencilla. La adolescencia es una etapa de cambio, una zona de transición y yo desconocía por completo que al salir de ella, nuestras vidas nunca volverían a ser iguales.

Era ya mi último año en el colegio, estaba a doce meses de iniciar mi vida universitaria y tenía muchos planes y expectativas para mi futuro, para mi vida, planes económicos, laborales... planes con Daniela. La presión de los medios y mis compañeros de colegio no se hizo esperar y todo conducía a que yo tenía que estar en la intimidad con mi novia antes de terminar mi año lectivo o sería considerado un virgen perdedor al entrar en la universidad. Mis compañeros de colegio no la conocían, pues estudiábamos en colegios diferentes, pero aun así proyectaban su vida sentimental y sexual en la mía, cuando les hablaba de ella. Mi propia curiosidad juvenil junto con mis hormonas también me presionaban sexualmente y la belleza de Daniela que crecía con el paso del tiempo junto con su cuerpo, era toda una incitación.

Yo sabía qué era lo que tenía que hacer, yo sabía qué es lo que deseaba hacer, pero había un pequeño problema: No sabía el cómo, el cuándo, el dónde y mucho menos entendía el por qué debía hacerlo. Nunca había presentado a Daniela ante mis padres, por lo que ellos asumían que yo no salía con alguien por el momento y que podían aplazar “aquella” charla que deben tener todos los padres con sus hijos. Adicionalmente, en un mundo moderno, seguramente la televisión y la internet ya se habían encargado de enseñarme todo lo necesario respecto al acto sexual, pero no era

cierto; entre tantos videos, libros, consultas con amigos y demás fuentes informativas —o desinformativas—, encontraba el cómo, el cuándo y el dónde, pero faltaba lo más importante: el por qué.

Decidido a emprender la misión que la televisión y mis compañeros de colegio mal informados, y otros fanfarrones, me habían impuesto, le propuse a Daniela vernos en su casa después de clase. Ella, como siempre, aceptó entusiasmada de verme. Puntual como acostumbraba cuando se trataba de verme con Daniela, allí estaba yo frente a la casa más grande del barrio esperando que la niña más hermosa que jamás había visto bajara a invitarme a pasar; yo no llevaba nada excepto un trío de condones en mi bolsillo que tímidamente acababa de comprar en la farmacia del barrio. La sonrisa ansiosa que yo traía desapareció cuando quien abrió la puerta era la empleada de la familia, quien por años me había visto llegar a visitar a Daniela y que por eso, me invitó a pasar con indiferencia; yo por el contrario, hasta ahora era consiente que todos los años que había visitado a Daniela, su empleada había estado allí presente. La presencia de una empleada que poco se sentía, no podía ser impedimento para cumplir mi misión, pensé.

—¿Vemos una película? —sugerí.

—Sí, chévere, pero déjame termino unas tareas del colegio.

Daniela fue a su habitación y trajo un montón de libros y cuadernos al estudio, pues sus papás le tenían prohibidas las visitas en la habitación.

—Bueno, mientras tú haces trabajos yo escucharé algo de música —dije mientras me daba cuenta que se estaban truncando mis “malas” intenciones.

Aguanté casi 90 minutos, sentado frente al equipo de sonido y reproduciendo uno tras otro los CD's que a ella más le gustaban. Estaba olvidando a qué iba yo a visitarla, cuando de repente encontré un CD del guitarrista *Santana* en donde figuraba una canción que incluso desde temprana edad me ha parecido muy sensual y estimulante: "Samba pa ti". Mientras la canción sonaba, invadido por la lujuria y el deseo, fui lentamente hasta la silla donde Daniela trabajaba y empecé a masajear su espalda. Había practicado tantos masajes con mis dos hermanas mayores, que ya era un experto en ese arte. Pude notar que a Daniela le gustaba mucho el movimiento de mis manos entre sus hombros, cuando involuntariamente salió rodando a un lado del escritorio el bolígrafo con el que hacía sus tareas, hasta caer al suelo. Presionando ciertas zonas de sus hombros, espalda y cuello, pude lograr que echara hacia atrás su cabeza, por lo que tenía a mi merced todo su rostro para besarlo. Ese beso con las cabezas invertidas fue otro de los miles de besos que Daniela y yo inventamos juntos y que posteriormente, fueron a parar a la colección de los "mejores" recuerdos.

De sus labios a su mentón, terminé besando su cuello en una posición que fácilmente hubiera podido terminar con la fractura de su nuca, así que enderezó su cabeza, con un poco de molestia antes de que ocurriera. Su cuello traqueó y le hizo soltar un gemido que mezclaba el dolor, la risa y la excitación en un mismo estremecimiento. De besar y morder su cuello, pasé a los oídos y a detrás de ellos, a lo que Daniela levantó sus brazos para intentar abrazarme por encima de su propia cabeza. Yo, que aún la tenía sujeta de los hombros por atrás, no tuve más remedio que acomodarme encajando mis manos por debajo de sus axilas para encontrarme in-

tempestivamente con sus pechos, encuentro al que ella respondió con un pasional gemido.

—Rosa nos va a escuchar —susurré soltando de un solo movimiento sus senos.

—¡No! No te preocupes. —respondió mientras ella regresaba mis manos a su posición natural, es decir, sobre sus pechos.

Continuamos con los besos y yo decidí aventurarme un poco más “al sur” por encima de su falda de colegio. Ella volteó su cuerpo rápidamente hacia mí con la intención de saltarme encima, pero con tan mala suerte que la silla donde estaba cayó en medio de nosotros haciendo un ruido que se escuchó por toda la casa.

—¿Está todo bien señorita Daniela? —gritó Rosa desde la planta inferior.

—Sí, es que me tropecé con la silla. —Respondió Daniela mientras me apartaba con sus manos —Jota, no puedo hacer esto. No me siento preparada —me dijo inesperadamente, sacándome a patadas de mi propia fantasía.

Para mí no era claro por qué si ya estaba a punto de saltar sobre mí, se hubiese arrepentido de repente. Ella misma me insistió en que continuara, no le importaba que Rosa nos oyera y repentinamente, decidió “abortar la misión”. No podía creer que por esa silla que ella misma tumbó, se hubiera retractado. Algo herido, básicamente en mi orgullo, salí enfurecido y a toda prisa de la casa de Daniela. Dejamos de hablarnos por un par de semanas. No sabía qué decir ni qué hacer, había fallado, me sentía humillado y quizás fue mi culpa por haberla presionado mucho. Mi orgullo de hombre no me dejaba pensar con claridad y lo único que esperaba era que ella regresara de rodillas implorando que le

hiciera el amor, que ya lo había pensado y que ya estaba lista. Sin embargo, después de algunos meses y como era de esperarse, eso nunca sucedió. Yo estaba dispuesto a dejarla, olvidarla por completo y seguir adelante. Los medios de comunicación y mis amigos me habían enseñado que las mujeres debían complacer a su hombre por sobre todas las cosas y yo no era capaz de aceptar la realidad, no podía aceptar que una mujer dijera “no” ¡qué equivocado estaba en ese entonces!

Mientras mi orgullo machista me cegaba y me impedía volver a hablar con Daniela, sucedió lo peor que me ha ocurrido en toda mi vida hasta ahora. Una oscura, seca y helada madrugada, ocurrió lo más doloroso que he experimentado y que esperaba no volver a experimentar jamás con ninguno de mis cuatro hermanos restantes o con mis papás: mi hermano menor falleció. Con tan sólo 10 años de vida, Juan Pablo abandonó este mundo de un momento a otro, por una enfermedad que hasta ahora nadie ha podido explicar y en la cual tampoco quiero profundizar por el dolor que aún me causa recordarlo. Era la decisión de Dios, supongo. Mi compañero de juego, de aventuras, mi confidente y aquel que ocupaba el tiempo que no pasaba con Daniela, me había dejado solo en mi caminar. Todo el tiempo que Juan Pablo me acompañó, lo estuve preparando para la vida, para ser el más fuerte, para que tropezara sin caer, para que siempre tuviera la frente en alto. Yo era exigente e implacable con él, quería que su vida fuese perfecta y sin sufrimiento y quiero pensar que hice tan buen trabajo que Dios se lo llevó porque él ya no tenía más que aprender en este mundo. Yo por el contrario, no había aprendido nada. Irónicamente, yo preparé a mi hermano para vivir en caso que yo le llegara a faltar,

sin estar yo preparado para vivir una vida sin él. Damos por sentado que los mayores de la familia se van primero, ignorando que tanto la vida como la muerte, poseen el mismo humor cruel y macabro, apto para toda edad.

Mi refugio para ese momento tan doloroso de mi vida fue Daniela y de allí en adelante, todas las mujeres de las que les hablaré en mis relatos subsecuentes.

Volví a buscar a Daniela para hablarle y contarle sobre mi gran pérdida y de lo mal que la estaba pasando; desde entonces ella fue a visitarme varias veces a mi casa para tan solo abrazarme en silencio mientras yo recuperaba la fe y mis fuerzas perdidas. Ya habían terminado todas las formalidades de esa primera semana: el entierro, el sepelio, las ceremonias pertinentes; ya se habían terminado los sentidos pésame y los “lo siento”. En mi mundo sólo estábamos Daniela y yo. Durante uno de esos días de inútil consuelo, nuevamente nos encontramos en mi apartamento. Yo había llegado del colegio y nadie estaba allí, así que le pedí me acompañara pues me sentía muy solo y quería hablar con alguien o por lo menos soportar el silencio acompañado. Estábamos en el comedor de la cocina, ambos mirándonos fijamente, cada uno con una mejilla apoyada contra la fría mesa de madera. Daniela acariciaba mi cabeza como si fuese una mascota y sus ojos se asomaban inmensos por encima de su otra mano, cuyo brazo utilizaba como almohada. De sólo recordar a mi hermano tuve ganas de llorar nuevamente así que giré mi cabeza hacia abajo para ocultar el rostro entre mis brazos. Pensaba en que debí pasar más tiempo junto a él, que cuando se empezó a sentir enfermo debí haberlo acompañado en el hospital en vez de irme a ver con Daniela. Que cuando su rodilla se hinchó en sobremanera y tuvo su

primer día de colegio, debí haberlo tomado de la mano y acompañarlo hasta su salón, en vez de dejarlo caminando solo, con unas incómodas muletas, por temor a llegar tarde a mis clases. Me preocupé más por brindarle disciplina a mi hermano, lo cual no era mi responsabilidad, que por brindarle amor, que sí era mi misión como hermano mayor.

Estaba empezando a llorar de nuevo y aunque por esa época lloré mucho, una mujer no podía verme así, entonces me contuve lo más que pude.

Daniela rescató mi cabeza de entre el fondo de mis brazos y sosteniéndome del mentón, me robó un corto beso para luego pagármelo con un profundo abrazo.

—No te preocupes, me tienes a mí. Yo seré tu refugio y tu tranquilidad.

—Gracias, ya lo eres. —Mentí, pues el amor de una mujer nunca podría reemplazar el amor de un hermano al que viste crecer y que sostuviste en tus brazos; pero era una mentira que ambos debíamos y queríamos creer.

Ella seguía consolándome con sus tibias manos en mis mejillas y de un momento a otro, como si con su aliento quisiera suplir el aire que me faltaba, empezamos a besarnos apasionadamente en una competencia en la que ganaría quien perdiera de último la respiración. No alcanzaban los labios para besarnos, necesitábamos unos extra y unos minutos después, también harían falta más manos para expresar nuestra pasión. Estábamos solos, en mi apartamento, nunca había llevado a una mujer a mi casa y no quería que esta escena de inmensa efusión fuera la primera impresión de mis padres al ver una aquí, pero igual proseguí. La muerte de mi hermano estaba muy reciente y tenía algo de rencor con la vida, conmigo mismo y hasta contra Dios, necesitaba un

poco de consuelo, algo de venganza contra alguien o algo, y estaba dispuesto a pasar la cuenta de cobro en ese mismo instante. Daniela entendió las señales, los besos apasionados, las manos inquietas, el calor emanado por mi piel. Ella dejó caer provocativamente de sus hombros las tiras que sostenían su blusa y ésta quedó en el piso tras atravesar en la trayectoria descendente todo su cuerpo; por debajo tenía un top fucsia, sin broches, que posteriormente dejó que yo le quitara desafiando la gravedad y a sus brazos que se interponían en el camino al cielo. Sus pechos aún estaban en desarrollo, pero eran majestuosos, perfectamente redondeados y aunque pequeños, concisos y delicados. Eran perfectos incluso con aquellas pecas que asomaban descaradamente de su pálida piel. Esta vez no había ropa que me separara de sus senos, estábamos frente a frente y podía besarlos a libertad. Daniela empezó a suspirar con fuerza con cada roce de mis labios.

Era la primera vez de ambos. La última vez yo me había comportado mal y por mi orgullo no había respetado la decisión de Daniela de posponer un poco nuestro idilio. Al pensar en ello, entendí que debía dejar a un lado mi odio y mi obsesiva necesidad de descargar mi frustración en ella. Era la primera vez de ambos y sin importar el dolor que me consumía, yo quería que ese momento fuera especial. Es cierto que yo estaba afligido, rencoroso; pero no era correcto sacar partido de eso. Decidí cambiar a último minuto mi estrategia, ya no me desquitaría con Daniela; pues era contradecir el amor que le profesaba. Entonces la conduje de la mano lentamente, paso a paso, hasta la sala; allí había un sofá en tela rosada bastante acolchado y le pregunté si estaba

segura de lo que íbamos a hacer. —Sí, estoy segura.—  
Respondió con serenidad.

Tomé una bufanda que guardaba en mi habitación y cubrí con ella sus brillantes ojos.

—¿Qué haces?

—Confía en mí —dije mientras la dejaba allí sentada sola, semidesnuda.

Rápidamente saqué varios candelabros y velas que a mi mamá le gustaba coleccionar, las encendí alrededor y agregué unos inciensos para crear una atmósfera de aromas distintos. Cada vez que me cruzaba por su lado, la llenaba de besos y suspiros sobre su piel, mientras encendía las velas y los inciensos. Años más tarde, descubriría que hacer esperar a una mujer después de lograr que accediera a tener sexo podría ser catastrófico; sin embargo, proseguí con mi idea de hacer algo excesivamente romántico, lo cual años más tarde, también sería mi salvación ante otras situaciones catastróficas.

—Ya puedes mirar. —Ella misma se quitó el vendaje. Algunas lágrimas intentaron fugarse, pero ella las aprisionó con su mirada.

—Esto es hermoso. —Dijo al contemplar el rededor cubierto con sábanas blancas y lleno de tenues velas.

—Como tú.

Esta vez ella se abalanzó con éxito hacia mí, tan fuerte que casi provoca un incendio con las velas caídas. Nuestra diferencia de alturas y pesos no era mucha —uno de los problemas de la adolescencia —así que con dificultad la regresé al sofá donde terminé de quitarle el resto de ropa que separaba nuestros cuerpos. Podía notar sus nervios, los míos eran aún más grandes; ella estaba inmóvil del pánico, mientras yo

del pánico, no paraba de temblar. Ya me habían dicho mis compañeros de colegio que la primera vez es la peor, que nunca es lo que se espera; así que me empeñé por cambiar esa teoría.

La besé delicadamente por todo su ser sin dejar espacio alguno inexplorado, abarqué todo su cuerpo desde el último de sus cabellos hasta la punta de sus talones; con cada beso aumentaba más la temperatura y el tono rojizo de su piel. No quería nada de prisa, quería que recordara cada segundo de este día, por eso en cada paso me tomaba mi tiempo. Llené mis manos de aceite para bebé que también tomé prestado de mi mamá y empecé a repasar su cuerpo de nuevo, ahora con la yema de mis dedos, ni un solo poro podía quedar seco. Daniela estaba totalmente estimulada y aún sin haberme infiltrado en los confines de su cuerpo, ya estaba a punto de alcanzar un orgasmo. Podía sentir a ese apogeo tratando de escapar de su interior ¡Qué magnífica sensación! Generar tanta grandeza y poderío en un cuerpo ajeno era lo más cercano a la gloria.

—Quiero sentirte ya dentro de mí. —Gimió en mi oído.

—¿Estás segura de esto? —Pregunté nuevamente pero esta vez no recibí respuesta, sólo me bastó con ver su rostro fugado en otra dimensión. Parecía que ella acabara de drogarse, como si su alma hubiese abandonado al cuerpo y en su ascenso lo dejara allí tendido, pero extasiado.

Puse delicadamente mis dedos entre sus piernas y quedaron tan húmedos que confirmaron lo preparada que ella estaba. Mientras los sacaba y sumergía una y otra vez, sollozó:

— ¡Ya! Hazme el amor. —

Mis dedos empapados y temblorosos, con dificultad abrieron el empaque de un preservativo que había recuperado de aquella frustrada vez en que Daniela me rechazó. Yo también estaba listo y casi sin darme cuenta, como algo natural e instintivo, Daniela y yo nos hicimos uno. Nos fundimos en una masa de carne indescifrable, incandescente, inseparable. A medida que pasaban los minutos, Daniela gritaba con más y más fuerza, en ocasiones pareciera quedarse sin aire y yo no podía pensar en nada diferente que no fuese hacerla feliz, hacerle sentir el mayor placer de su existencia. Me olvidé por unos instantes de mis problemas del colegio, de mis notas decaídas, de mi baja autoestima, de mi hermano que acababa de dejarme para irse a un mundo mejor. Ya no tenía penas, todo era perfecto y quería que Daniela sintiera igual.

Ya la veía llegar, yo carecía de experiencia pero podía sentir como el cosmos iba a explotar dentro de ella y no estaba seguro de poder controlar el mío para que confluyeran al mismo tiempo. La respiración de Daniela se hacía más y más intensa, sus gritos cada vez eran más fuertes y agudos y justo en ese momento, en ese instante de mutua gloria, Daniela se desvaneció. Todo mi ser confluyó en el mismo punto. Convergimos al mismo tiempo en un estallido más grande que el que se presume, fue el origen de la creación.

—¿Te gustó? —Pregunté con torpeza, un error de principiante, una pregunta que nunca se debe hacer; pero de la cual tampoco recibí respuesta. Daniela había quedado inconsciente. —¡Dios mío, No puede ser! —Exclamé dentro de mí por la angustia de verla allí tendida, sin señales aparentes de vida.

Entré en pánico, mis papás no tardarían en volver a casa e iba a ser muy incómodo explicar el porqué de una niña desmayada y totalmente desnuda en la mitad de la sala. Me quité el preservativo y lo desaparecí en la basura entre varias toallas de cocina sin siquiera revisarlo; intenté vestir a Daniela como pude y organicé la sala quitando las velas y las cenizas de incienso. ¿Debía llamar a emergencias? ¿Debía aplicarle reanimación? Ojalá en ese momento hubiera sabido cómo hacer alguna de esas dos cosas.

Revisé su respiración y me di cuenta que estaba bastante irregular, su rostro cada vez se ponía más pálido y yo no sabía qué hacer, al fin y al cabo era sólo un muchacho inexperto en todos los sentidos. En medio de mi angustia recordé cuando Daniela mencionó que a veces sufría ataques de asma, aunque yo nunca había sido testigo de uno. De inmediato busqué algún aparato inhalador entre su cartera y su ropa y, entre uno de los bolsillos de su chaqueta, finalmente lo hallé. Rocié una carga entre su boca y, por los nervios, mi mala puntería también dejó un rastro en su nariz y ojos. Poco a poco fue recobrando el sentido y cuando estuvo bien, tras un profundo suspiro, me dijo: —Te amo.

Después de aquél primer día de mutuo descubrimiento, teníamos sexo casi todas las semanas. Sin saberlo, había desatado un monstruo, uno que estaba bastante tiempo rogando por salir, de esos que si no lo tratas bien, sale a destruir el pueblo entero. Ese monstruo que vivía dentro del cuerpo de Daniela, es el mismo que habita en lo profundo del alma de cada ser humano, es el monstruo del “deseo carnal” que no debería ser despertado tan temprano. Ella me confesó que después de aquella vez en que me dijo no estar lista, había estado “preparándose” sola y con ayuda de va-

rios juguetes, pues tenía cargo de conciencia conmigo. Ella se sintió también solitaria por los días en que me alejé de ella y desde entonces, no quería otra cosa que estar lista para mí. Daniela me quería y me amaba, como me lo dijo después de nuestra primera vez, pero todo lo que se hace en esta vida tiene sus consecuencias; ella era aún muy joven y no, aún no estaba preparada para ese mundo de adultos placeres. Yo tampoco. Por mi culpa, Daniela ya era consciente de su belleza, de su sexualidad y aunque estaba enamorada de mí, comenzaba a verme diferente. La pérdida de mi hermano me había dejado destrozado, ya no veía la vida con tanto optimismo, tenía menos seguridad en mí, no me sentía pleno y por esa misma razón, ella empezó a sentir que yo ya no la complementaba como antes.

Lo peor de la situación con Daniela, es que liberé al monstruo de su cautiverio y todos los demás hombres querían cazarlo, pero no precisamente para encerrarlo de nuevo o para matarlo como suele hacerse con las criaturas diferentes a nosotros. Los hombres, adolescentes y maduros, querían ser dueños de esa bestia salvaje que se había materializado desde el interior de aquella inocente y bella niña. Su mirada cambió, su cuerpo cambió, su corazón cambió. Todos los hombres del barrio y de su colegio empezaron a ver en ella lo que yo había visto desde que la vi por primera vez: que era una mujer en todo el sentido de la palabra; sólo que a diferencia mía, ellos sólo veían lo superficial, percibían su carne, deseaban su sexo.

Mensajes, llamadas, visitas e invitaciones empezaron a llegar de todos lados para Daniela; de la misma forma, empezaron a aparecer los problemas de pareja entre los dos. Ella tenía mil admiradores y yo ya no tenía ni una hora de

tiempo para dedicarle. Peleábamos, nos alejábamos por semanas y luego volvíamos a intentarlo, una y otra vez rompíamos y regresábamos, ambos sabíamos que las cosas ya no eran iguales. El sexo, un acto sublime y trascendental, lo había cambiado todo. Volvía a mí aquél cuestionamiento que me hice cuando nuestros amigos nos empezaron a presionar: ¿Por qué teníamos que hacerlo? El por qué, es siempre lo más importante.

Una tarde, cuando las cosas no estaban muy bien entre nosotros, fui a visitarla por sorpresa. Rosa abrió la puerta muy asombrada y no me hizo pasar al instante como solía hacerlo. Rosa gritó desde la entrada: Señorita Daniela, la necesitan en la puerta. Nuevamente: Señorita Daniela, la necesitan en la puerta. Dos minutos después, Daniela bajó igual de sorprendida que Rosa y con las mejillas totalmente enrojecidas.

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Está todo bien? —Dijo consternada.

—No, nada está bien. —Me abrí campo bruscamente por el lado de ella y subí al segundo piso donde se encontraba su habitación.

Rosa miraba aterrorizada la escena, mientras corría a la cocina. No hacía falta ser muy inteligente para saber qué estaba pasando. Para cuando llegué al segundo piso podía escuchar a Daniela detrás de mí gritándome algo, pero mi mente no entendía sus palabras, yo sólo quería entrar a su habitación y despejar la sospecha que me había invadido en el momento que entré a su casa y todo era distinto. Cuando me asomé a su cuarto vi a un hombre mayor o, mejor dicho, mayor para mí en esa época, pues bordeaba aproximadamente los 25 años, le calculé. Él estaba de pie mirando las

fotos familiares que Daniela tenía sobre una repisa, su mentón tenía señales de una barba acentuada y tenía un fino corte de cabello proveniente de alguna barbería especializada; lo cual me llevó a pensar en un hombre independiente y asalariado o con padres pudientes que lo mantenían. No esperaba encontrar a este sujeto vestido, porque claramente tenía algo con Daniela, pero quizás llegué muy temprano o muy tarde. ¿De dónde asumía que ellos tenían algo más que una amistad? ¿Todo me lo estaba suponiendo yo? No, no es porque yo fuese muy celoso o trágico; simplemente, ella tenía prohibidas las visitas en su habitación y yo había tardado años para ganarme la confianza de estar allí. No dije nada, simplemente miré fijamente al extraño sujeto un par de segundos y abandoné el recinto sin cruzar palabras con alguien. Al salir no tuve tiempo de ver el rostro de Daniela, no lo recuerdo, no me interesaba volverlo a ver.

Mil preguntas rondaban por mi cabeza mientras caminaba las pocas cuadras que separaban la casa de Daniela de la mía ¿Quién era él? ¿Dónde lo conoció? ¿Era tan sólo un familiar y yo estaba exagerando? ¿Qué estaban haciendo esos dos? ¿Realmente yo fui el primero en tener sexo con Daniela? Eso explicaría por qué fue tan explícita en nuestro primer encuentro, ahora tiene sentido por qué rogaba por “sentirme dentro” durante su “primera vez”. Yo conocía a todos los admiradores de Daniela, los había visto intentar visitarla en su casa, había visto por accidente algunos mensajes con halagos y adulaciones que le enviaban a su correo y aunque esa situación en momentos creó algo de discordia, siempre estuve tranquilo porque confiaba en ella y pensaba que me amaba solamente a mí. Yo también tuve mis momentos de coqueteo en el colegio, mis oportunidades para

serle infiel —aunque yo no era muy atractivo, las niñas de mi clase se sentían interesadas por mi gran inteligencia, cultura y caballerosidad y por eso una que otra me declaraba su amor— pero siempre la ponía a ella por encima de las demás. Recuerdo que cuando llegué a mi habitación, caí como una roca sobre mi cama y lloré como nunca, sobre la almohada; lloré tanto, que al final juré que jamás volvería a llorar por una mujer. Había perdido lo que más quería en mi vida, primero a mi hermano y luego a quien creía, sería mi mujer para siempre; ambas personas en un mismo año. Se valía, para un hombre, desahogarse.

Pasaron muchos días en que corté toda comunicación con Daniela, habíamos terminado de nuevo pero esta vez era definitivo. Estaba seguro que no volvería a verla otra vez. Tuve algunos amoríos con compañeras del colegio, nada serio, nada que trascendiera los abrazos y los besos, y ya me estaba recuperando hasta que un día Daniela me llamó.

—Me gustaría hablar contigo, ¿nos comemos un helado por ahí?

—No tenemos de qué hablar.

—Quiero volver contigo, te extraño y te amo. —Su voz se quebraba. —Te juro que nunca pasó nada con otro hombre diferente a ti. —Hubo un largo silencio, seguido de un suspiro mío.

—Veámonos a las 3:00 p.m. en la heladería del barrio Paulo Sexto. —Efectivamente, como todo hombre ingenuo en su primer amor, me dejé seducir por su tierna voz, su tono de arrepentimiento y el recuerdo de lo ya vivido.

Mientras hablábamos no hice preguntas respecto a aquél hombre en su habitación y ella tampoco lo mencionó.

Después de aquella tarde de compartir un helado y una larga caminata, volvimos a estar juntos íntimamente, como si quisiéramos volver a ser uno solo en cuerpo y alma; pero si antes las cosas habían cambiado, ahora habían dejado de existir. Nos limitábamos al sexo, pues las esperanzas habían muerto y la confianza se había destruido, ya ni siquiera la veía hermosa, su presencia era tan sólo una costumbre más; ella era para mí una conocida de quien ya no sabía nada, una doctora de paso cuyo tratamiento para mi aburrimiento era su libidine. Ella quería comunicarse más conmigo, pero mi desconfianza no permitía que se presentara oportunidad para ello. Así pasamos días y noches, presos de una monotonía sin sentido.

Era una noche sin luna, llovía como si todo el mar se hubiese evaporado y cayera por completo en mi ventana. Sonó el timbre del citófono y yo contesté. No podía entender una sola palabra de lo que decían al otro lado, pero inmediatamente supe que era la voz de Daniela quien hablaba con tono desesperado. Como no había servicio de portería a tan altas horas de la noche, bajé corriendo a abrirle la puerta tan rápido que casi caigo por las escaleras. La vi al otro lado de la puerta de vidrio totalmente empapada, no sólo por la lluvia, sino también por sus lágrimas. Lloraba desconsolada. Al abrirle me abrazó fuertemente, como si fuese la última vez que nos veríamos y luego pronunció las palabras más angustiantes que he oído en mi vida: —Voy a tener un bebé Jota, vamos a tener un bebé. —Todo mi universo colapsó.

—¿Estás segura? —Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Sí, no me llegaba la regla así que me hice un chequeo, Joanna me ayudó a comprar la prueba y salió posi-

va... vamos a tener un bebé, vamos a tener un bebé. — Daniela lloraba sin parar y no eran lágrimas de felicidad.

Miles de cuestionamientos bombardearon mi pensamiento: “Nunca le he presentado a Daniela a mis papás ¿Ahora cómo la presentaré con un hijo incluido? ¿Con qué he de mantener a una criatura? ¿Alcanzaré a terminar mis estudios? ¿Podré ir a la universidad? ¿Me apoyarán en algo mis padres? ¿Me matarán los papás de Daniela?” Sólo pude acertar en decirle que estuviera tranquila, que todo estaría bien y que yo respondería por el bebé, que sólo me diera un poco de tiempo para aclarar todas las preguntas que estaban en mi cabeza. Le sequé el rostro y el cuerpo con una toalla y la acompañé hasta su casa con un paraguas. Esa noche, y muchas de las siguientes, no pude dormir.

Cada día en el colegio era un sufrimiento, estaba decaído, agotado y triste. La idea de un bebé en ese momento de mi vida no me emocionaba en lo absoluto; la idea de contarles a mis papás me emocionaba aún menos. Tanto mis compañeros como los profesores habían notado mi cambio de humor y asumían que eran síntomas del “duelo” por la muerte de mi hermano.

Había perdido más de 4 kilos y no me veía para nada bien. A veces, durante las clases, tenía unas ganas inmensas de llorar y aún no había sido capaz de darle la cara a Daniela. Yo no tenía respuestas, carecía de un plan para mantenerlos económicamente a ella y a un hijo, estaba literalmente acabado. Cuando creí que todo había terminado para mí, que no había manera de afrontar aquella situación, apareció un ángel en mi vida, recibí una llamada anónima a mi casa; una voz femenina me dijo desde el otro lado de la bocina:

“Jota, no te preocupes más, ese bebé no es tuyo, adiós”.  
Colgó.

Esa llamada me hizo dar cuenta de una posibilidad que en mi supuesta “mente superdotada” —y digo supuesta porque era la percepción de algunos profesores del colegio y obviamente de mis padres, mas no la mía —no había contemplado en absoluto. Aquel hijo en el vientre de Daniela, podría no ser mío.

Inmediatamente llamé a Daniela y le propuse hacernos un examen de ADN para comprobar mi paternidad; ella dijo que no había problema, aunque por su tono de voz, la idea no le agradaba mucho. Por esas épocas, se anunciaba en Estados Unidos el desarrollo de pruebas de paternidad prenatales que llegarían a Colombia en contados días. Acordamos una fecha para realizar la prueba, pero esa fecha nunca se cumplió; primero porque era un examen terriblemente costoso para un estudiante de colegio y segundo, porque después de habérselo propuesto, perdí todo contacto con Daniela. Exactamente siete días después de haber hablado con ella, recibí una carta a mi correo electrónico que decía lo siguiente:

*“Hola Jota:*

*Agradezco cada uno de los momentos vividos a tu lado, fueron los mejores años de mi vida, pues tú eres un hombre muy especial, un hombre único; pero considero que nuestras vidas han tomado rumbos distintos. Nunca confiaste en mí y veo que ahora, a pesar de todas las cosas vividas, sigues desconfiando de mi palabra. Cuando se pierde la confianza y crees que es mentira todo lo que la otra persona dice, se pierde todo y no vale la pena siquiera intentar formar una familia.*

*Nunca quise hacerte daño, pero reconozco que lo hice y que por esa misma razón ya nunca las cosas serán iguales que al comienzo. Por eso ya nunca podremos ser felices juntos.*

*Le conté todo lo ocurrido a mi mamá y ella está dispuesta a ayudarme y sacarnos adelante, a mi hijo y a mí. Mi papá hizo un escándalo; pero estuvo de acuerdo con brindarnos un futuro también. He decidido irme a otro país para criar a mi hijo sola, con mis padres, vivir felices y dejarte ser feliz a ti. Por favor no intentes localizarme ni buscarme. Todos los errores que cometí contigo, los cometí cuando no estabas a mi lado, porque sentí que me abandonabas. En algún momento de nuestra historia, sentí que yo no era la mujer para ti, que yo no era tu prioridad y quise intentar conocer otros hombres, pero nunca pude enamorarme de alguien que no fueras tú. Te deseo lo mejor y ojalá seas feliz. Y aunque tú nunca me lo dijiste, yo sí: Te amo”*

Las cosas no podían terminar de esta manera, yo necesitaba respuestas, necesitaba que todo fuese lógico, necesitaba saber la verdad. No podía quedarme con la duda de algo tan importante como saber si ese hijo era mío o no, si ella realmente me amaba o no. Me di cuenta que en tanto tiempo a su lado no pude descifrarla, no la conocía, no la comprendía y no me interesé lo suficiente en hacerlo. Dejé la carta a un lado y salí corriendo hacia la casa de Daniela. Sentía que cada cuadra era más larga que de costumbre, sentía en el peso de mis piernas que la distancia era equivalente a atravesar toda la ciudad y que nunca llegaría a mi destino. Faltando poco para arribar, pude ver que la casa que antes era de Daniela tenía muchos avisos de “SE VENDE” y que en su interior estaba totalmente vacía. No era posible que siendo casi vecinos, no me hubiese percatado

que se estaban mudando. Ella tenía razón en su carta, yo era muy desapegado, muy distraído y quizás indiferente. De pie frente a la casa deshabitada y en medio de mi desconcierto, alguien gritó mi nombre a lo lejos, era Joanna quien llegaba a su casa, contigua a la de Daniela, en un taxi y me saludaba desde la ventana del vehículo. Sin pensarlo, corrí hacia el taxi que aún no se había detenido totalmente y le pregunté por Daniela. —Está en el aeropuerto con sus papás, nos acabamos de despedir —respondió.

—Tengo que alcanzarla, tengo que hablar con ella.

—Pero ya está por partir, no vamos a alcanzar, yo creo que ya se fue.

—¡Por favor! —grité. —Déjame ir que necesito hablar con ella.

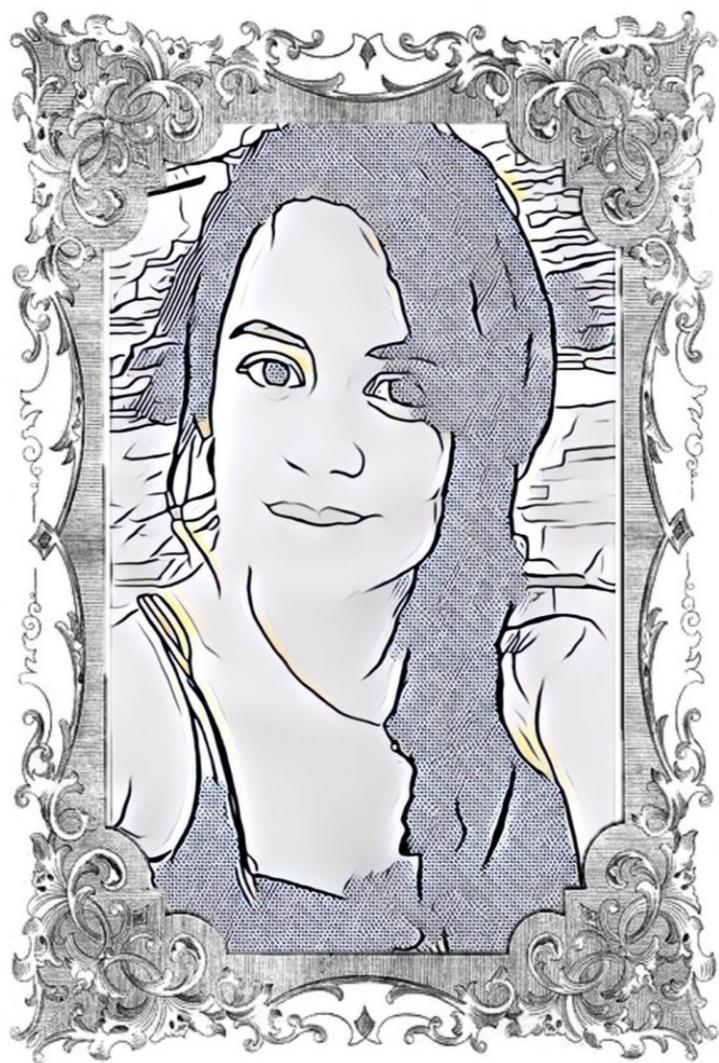
Sin pensarlo abrí la puerta del taxi e hice a Joanna a un lado, pidiéndole al taxista que nos llevara de regreso al aeropuerto. Tan sólo vivíamos a 20 minutos del aeropuerto, pero nuevamente para mí fue un trayecto eterno. El taxi finalmente se parqueó frente a una de las tantas puertas del aeropuerto y yo bajé rápidamente sin reparar por dónde estaba entrando; corrí a toda velocidad, atravesando las salas, para buscar el vuelo de Daniela y me di cuenta que no tenía idea a dónde viajaba ella. Joanna no podía contarme cuál era el destino de Daniela, había prometido no hacerlo y ella jamás rompería una promesa, o eso me dijo; sin embargo, ofreció llevarme hasta su puerta de embarque, porque según Joanna quizás podría alcanzarla. Además, era una forma de revelarme el destino de Daniela sin faltar a su promesa de “decirlo”. Joanna me tomó de la mano y corrí tras de ella entre varios pasillos y pisos, hasta que llegamos a un puesto de control donde ya no había nadie esperando ni abordando.

Joanna les preguntó a las asistentes de vuelo por el avión de Daniela y éstas respondieron que acababa de despegar, señalando a un avión que se alejaba lentamente por los aires. Corrí a la ventana de la sala y me apoyé contra el frío e inmenso vidrio, mientras veía al avión volverse cada vez más y más pequeño frente a mis ojos. Ese fue el último recuerdo que tengo de Daniela: una carta de adiós, una pulsera de cristales azules y un avión diluyéndose en el cielo.

Las cosas nunca pasan como en las películas, no pude detener la despedida de aquella joven que dejó mil preguntas sin respuesta en mi vida. Viendo ese avión alejándose, era como contemplar a mi posible futuro avanzando rápido y lejos, pero sin mí. No entendí en ese momento qué pasó, ni siquiera lo entiendo aún; más de cinco años de mi vida habían salido volando sin avisar. En total se habían desvanecido como neblina: una mujer que tal vez me amaba, un bebé que quizás era mío y todo por culpa, seguramente mía.

Las palmas de mis manos que alguna vez sintieron las sonrojadas mejillas de Daniela, se aferraron al gigantesco ventanal del aeropuerto como si fuese el único obstáculo entre ella y yo; pero el obstáculo no era aquel ventanal, ni el avión, ni el medio planeta que ahora quedaba entre nosotros. Yo mismo era mi obstáculo y mi tropiezo, yo mismo era la distancia y el tiempo, que interpuse entre ella y yo.





# JOANNA

## Capítulo 2

Ella había sido mi ángel, la luz al final del túnel, mi esperanza cuando todo estaba derrumbado. Joanna fue quién me hizo la misteriosa llamada para advertirme que el bebé que esperaba mi exnovia no era mío. En ese momento de gran oscuridad y en el que quizás habría tomado una mala decisión, Joanna me mostró una nueva cara de la situación con la que hallé solución momentánea a mis conflictos.

Joanna era una joven increíblemente atractiva, pero no lo había notado hasta que dejó de estar junto a su mejor amiga, Daniela. La belleza de Daniela opacaba a la de Joanna por la simple razón de que Joanna tenía una hermosura muy latina y por otro lado, Daniela parecía una joven europea de Alemania o Irlanda. Mientras Daniela era alta, blanca, rubia y de ojos claros; Joanna, que irónicamente sí era extranjera y nacida en Los Ángeles (Estados Unidos), era morena, de piel canela, baja y de contextura más gruesa.

También empecé a notar la belleza de Joanna después de estar enormemente agradecido con ella por salvarme de un engaño que habría acabado con todo mi futuro. Lamentablemente, a pesar de haberme salvado de una responsabilidad que no estaba preparado para asumir, mi actitud en ese momento no era la mejor, había perdido toda fe en las mujeres y toda esperanza en la vida. A Daniela, mi exnovia, le agradezco haberme otorgado el don de la desconfianza porque me sirvió muchas veces en el futuro; haber pasado por esta situación de dolor me sirvió para aprender muy bien la lección y no creer en todo lo que una mujer hermosa te con-